

Torre de babel, confusión y dispersión

Casi todos los mitos genésicos tienen antecesores identificables en la mitología mesopotámica; no así este mito singular que es el de la Torre de Babel, que se narra en nueve versículos artificialmente insertados en el capítulo II de El Génesis, tras la enumeración de las primeras genealogías.

¿QUE NARRA?

“(1) Era entonces toda la tierra de una Lengua y unas pocas palabras. (2) Cuando vagaron por la parte de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Shinar, y asentaron allí. (3) y dijeron los unos a los otros: “¡Vamos! Hagamos ladrillos y cuezámolos al fuego.” El ladrillo les sirvió de piedra y el betún de argamasa. (4) Y dijeron: “Construyámonos una ciudad y una torre cuya cumbre llegue al cielo, y hagámonos fama para no quedar dispersos sobre la faz de toda la tierra” (5) Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos del hombre. (6) Y dijo Jehová: «Es que son un solo pueblo y tienen todos una sola lengua; y eso los indujo a comenzar y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer. (7) Ahora pues, bajemos y confundamos allá su lengua para que ninguno entienda la lengua del otro.” (8) Y Jehová los dispersó desde allí sobre la faz de toda la tierra y dejaron de edificar la ciudad. (9) Por eso fue su nombre Babel, porque allí confundió Jehová la lengua de toda la tierra y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra. (EL GÉNESIS, capítulo XI. Versión fusionada de las de Cipriano de Valera y de la Biblia Mariet, cotejadas con el texto original hebreo.)

El capítulo anterior concluye así: “Éstos fueron los hijos de Sem, según sus familias y sus lenguas en sus territorios, según sus naciones. Estas fueron las familias de los hijos de Noé según sus genealogías, en sus naciones. Y a partir de éstas se dispersaron las naciones sobre la tierra después del diluvio.”

Si los irreverentes subrayados apuntan a marcar las contradicciones, ya los primeros glosistas y exégetas se habían anticipado a ignorarlas, al sostener que “no hay antes y después en las escrituras sagradas”, para escapar así a la presión cronológica. A lo que la razón exige a textos cuya finalidad es ajena a la de la historiografía. ¿Qué es pues lo que se narra aquí en este mito, que se halla próximo a la saga, según las clasificaciones de mitólogos, puesto que aspira a narrar también el origen de los pueblos?

Las respuestas han variado según los interpretadores, en relación estrecha con la intención atribuida al texto, el de su carácter sagrado. Pero aun así la gama de las glosas es tan amplia como la imaginación de los exégetas y varía grandemente en el tiempo acorde a las influencias culturales, gustos y estilos impuestos por corrientes históricas de las cuales se creían libres. Ello se nota incluso en la crítica bíblica moderna y científica, tanto en las corrientes religiosas como en las laicas y que comienza a mediados del siglo XIX,

Con sus abundantes medios actuales, su erudición y cotejos estilísticos, las interpretaciones se orientan más en la dirección funcionalista, o historicista, pero aun así las corrientes, escuelas y modas imperan en mayor medida a lo que se está dispuesto a admitir, según revela inexorablemente la perspectiva histórica.

Las glosas del texto y las conclusiones diferirán notablemente si se basan en el texto original hebreo o idiomas afines, o si por el contrario se parte de idiomas europeos, como en el caso del español. En el texto original hebreo en que fueron escritos (quizás cantados) estos versículos, hay ciertos efectos irreproducibles en lenguas romances. Cierta cadencia musical, aliteraciones que se avienen sólo con el estilo oriental, juegos de palabras (paronomasia), que se pierden inevitablemente. Por ej.: con la expresión española “hagamos ladrillos” se pretende asir el significado pero se pierde la cadencia original de “ladrillemos ladrillos”, y “cuezámoslos al fuego” pretende sustituir el texto original de “foguémoslos al fuego”. Betún y argamasa no pueden reproducir el efecto sonoro de “jemar y jómer”. Todo esto indica una unidad estilística propia de cantos populares que revelan la artificiosidad de su inserción frente al texto que le precede y continúa.

Por otro lado el nombre de Dios en este texto es Jehová y por ende debe pertenecer a la tradición Jehovista y no a la Elohimista, el otro nombre de Dios que los compiladores de los textos usaron según la crítica bíblica moderna. Pero tal vez el interés mayor del lector lo despierten los exégetas y glosistas antiguos, cuyos trabajos sean desconocidos en español. Casi todos los exégetas han interpretado este texto buscando enseñanzas ético-religiosas, por entender como tal el cometido de los textos sagrados que se expresa por medio de alegorías y parábolas.

UNA IRONIA

El propósito de este fragmento según los autores modernos de más aceptación (U. Cassuto, 1883-1951), sería la de una sutil ironía dirigida contra la hegemonía babilónica y su pretenciosa soberbia de eternidad. Por antonomasia también la vanidad de la fama y permanencia, ese sueño eterno de los hombres como el *Sic transit gloria...* Babel es efectivamente el nombre del imperio mesopotámico del tercer milenio a.c, y que ha pasado así al hebreo. Su significado (en acadio) es Babe1, puerta de Dios. Es conocida además la práctica babilónica de ese periodo de construcciones monumentales, los famosos zigurat, torres escalonadas piramidales en cuya cima se alzaba un templo consagrado al Dios Marduk, supremo del panteón mesopotámico, como morada superior, de quien destruyó a sus rivales inferiores (los dioses siempre moraban en el cielo, y los antidioses en lo inferior). La escalera en espiral solía dar siete vueltas en torno de la pirámide.

El más imponente de estos zigurat fue descubierto a fines del siglo pasado y era una de las maravillas del mundo antiguo. Se llama Etemenanqui y está cerca de la antigua ciudad de Babel. **Es** seguramente muy antiguo ya que conserva su nombre sumerio (3.000 años a.c.) y significa en ese idioma Etemen-an-qui “casa cimiento (de) cielo (y) tierra”, lugar común para expresar la monumentalidad, como nuestros “rascacielos” para la Manhattan babilónica. Los mesopotamios carecían de piedras y - por eso debieron usar materiales sustitutivos que no tenían la solidez de la que se preciaban las pirámides

egipcias y los pueblos cananeos. Se sabe además que el zigurat Etchmenaqui fue destruido en el siglo XVIII a.c. por la primera dinastía del imperio hitita, lo que debe haber alegrado a los vasallos del imperio mesopotámico, al que los israelitas vieron crecer en el imperio asirio que lo continuó.

El motivo sardónico sería pues la mofa a la pretensión de eternidad de Babel, la ciudad y su torre (que era “el mundo”, urbi et orbi) y sus materiales inferiores. Herodoto también se refiere a él aunque lo conoció sólo en ruinas. Tales las fuentes históricas. Acorde con este enfoque, el significado del mito es el siguiente: vosotros creísteis en vuestra arrogancia que podríais construir una ciudad y un mundo eterno, con vuestra fama, barro y argamasa y aun le llamásteis Puerta del Cielo y creíais manteneros siempre unidos. Pensásteis aun que todos hablarían un solo idioma ecuménico, el vuestro. Pero los designios de Dios Jehová son los que prevalecen siempre, y lo que en vuestra lengua llamásteis Babel, en nuestra lengua (hebrea) significa confusión (Babel guarda similitud con la Babel acadia).

UN CASTIGO

Lo intrigante de las interpretaciones no es su verdad o su error sino la viabilidad, para la cual la ambigüedad, la polisemia, la homofonía, siempre ofrecen un resquicio, sede para cobijar un significado más, cuando no el *calambour* y el *witz*.

En la tradición de los exégetas judíos, este mito siempre ha sido visto como el que narra la dispersión de los hombres y los pueblos, más que el origen del lenguaje. El mito mismo es llamado en hebreo “Era de la Dispersión”, lo cual no impedía naturalmente el estrecho etnocentrismo de cada pueblo o etnia.

Los más tempranos comentaristas del primer milenio acusan en 5115 interpretaciones sobre el mito, el sello de la lucha pastoril contra la arrogancia de la urbanización, sus ciudades y torres. Durante la Edad Media Abraham Ibn Ezra (1092-1167), judeo-español perteneciente a la corriente sincrética y muy influido por los retóricos españoles, acota sobre este pasaje: “Hay en cada idioma cosas que no todos los que lo hablan lo comprenden, mientras que en aquellos tiempos, lo que los sabios y los necios decían eran del mismo tallo”, Y concluye con su marcado cuño escéptico: “Quien enseña el saber a los

hombres los hace olvidar su verdadero idioma”. ¿Epitafio para la pretensión del saber?

Otro autor del mismo período, Rambán (1194-1270), del norte cristiano de España, acota: “Estos torpes pensaban quedar juntos a perpetuidad. ¿Cómo iban a poderlo hacer en una sola Torre? Por otro lado destruían sembrados y merecían el castigo de la dispersión.” ¿Precursor de los celosos ecólogos actuales?

Muchos glosistas, reflejando las vicisitudes de sus tiempos, como las de todos los tiempos, ven en el mito el castigo ejemplarizante para todos los soberbios que quieren reinar sobre toda la humanidad. Otros se lamentan de la multiplicidad de lenguas en las que han visto la fuente de luchas ruinosas a causa de las envidias, y que eso ha dado lugar al nacimiento de diversas religiones y a los odios y males que le han seguido. Y continúa así el lamento: “Pero habiendo muchos dioses se descubre siempre al Dios”. Y a buen entendedor...

UN TEXTO ABIERTO

Veamos aún un poco más el despliegue del ingenio que no precisa marchar por la senda de la verdad. Hay exégetas que saben que el idioma único antes de la torre era el hebreo y lo demuestran con el (in) falible recurso de las matemáticas. En hebreo las letras tienen además del valor fonético, un valor numérico, lo que permite construcciones usadas en la cábala y el zohar. Este recurso exegético basado en juegos aritméticos es el resabio de la magia de los nú-

meros bajo cuyo hechizo han sucumbido también los pitagóricos. Pruebas al canto: El texto (de Dios) dice “una lengua”. Sumando los guarismos de las letras hebreas con las que se escribe “una lengua” (su fá ajat> y las que suman las ‘chas d “lengua sagrada” (el hebreo, naturalmente): lashón hakódes, se obtiene la puse concluyente de que era el hebreo el idioma único, puesto que en ambos casos la suma de las letras da 795. Bueno, casi. Puesto que en e1

primer caso (sofá ajat) da en realidad 794, pero quién es tan preciosista como para echar abajo por la mínima diferencia una interpretación que ya es un prodigio de la retórica, aun antes de reclamar el auxilio de la prueba matemática.

Muchas otras sutilezas interpretativa dan fe del carácter imperecedero de u - texto si mueve a tantos exégetas para mantenerlo vivo en el tiempo, con la imperiosidad de la interpretación terminable-interminable. Las frondosas exégesis siempre caben en los misteriosos y mágicos sentidos de las palabras, cuando las letras, signos, errores, reiteraciones, todo tiene sentido y nada es por azar, y éste mismo también tiene sentido. Se buscará concordancia con otros pasajes similares, variantes y diferencias sutiles de versiones, viéndose en cada hecho el dedo del Señor; en la retórica de sus fieles exégetas surgirá la predicción de futuros inciertos, amenazadores o venturosos. Por ejemplo el castigo ejemplar de la dispersión remite a su opuesto, la reunión bajo la égida divina. El ideal de la redención expresado por el profeta Sofonias (cap. 3, ver, 9—11) es traído a colación por algún exégeta como la promesa cabal, pues “está en el texto” de que tras el cumplimiento del justiciero castigo a los soberbios y arrogantes, a causa de los cuales se ha perdido “la lengua única”, retomará al final de los tiempos la esperanza del esperanto, los hombres volverán a hablar una sola lengua, cuando no alcen más su cabeza hasta el cielo desde sus torres vidriadas, y acepten desde la tierra c o n humildad, el cumplimiento de los designios del cielo. Este mito, entre otros, vive en todas las lenguas de todos los pueblos y en todos los tiempos, del mismo modo como e1 mito se mantiene permanentemente abierto para todas las interrogantes acuciantes que jamás se obturan. El misterio de la lengua, su comprensión y su confusión, profusión y difusión. La añoranza y la angustia por la pérdida de esa era feliz en que los sabios y los necios éramos de sin mismo tallo, todos éramos una misma familia, “un misma comarca, torre y ciudad y ahora están los otros, los ajenos, los bárbaros, los que no comprenden y tienen otros dioses, o ideologías como se dice en nuestras torres y ciudades.

Y el mito continúa abierto para nuevas interpretaciones, para la nueva cultura, la de nuestro siglo y nuestras lecturas e interpretaciones del texto eterno que son los mitos; esos sueños de los pueblos que nunca cesan y nunca se interpretan hasta agotar todos sus significados.

L. Müller